

3º PREMIO . XVII CERTAMEN RELATO BREVE AVAFI- 2025

MADRE CORAJE. ESTHER VILLANUEVA MARTÍNEZ

Tenía que haber nacido sin dientes para no poder morder.

Pero un día llegó, provista de todo un arsenal de incisivos demoledores, sin siquiera haber sido concebida. Y mucho menos con placer. Su gestación fue todo un engaño de la sociedad que cínicamente le negaba fuera posible. Nadie creía que creciera en el interior de Amalia, lo que además resultó ser usado como atenuante criminal por negarle a la madre incluso el derecho para abortarla.

Para cuando quiso darse cuenta el parto fue irremediable. En seco y a solas. Vergüenza de criatura dentada; adefesio que desde su alumbramiento consumía toda voluntad de salir delante de su madre. Y ni siquiera, aun así, exponiendo a los ojos de todas sus heridas, se apiadaban de ella.

Le trataban de hacer entender que todo estaba en su cabeza. Que lo que realmente sucedía, era que se estaba enmascarando detrás de excusas y de falta de amor propio. Le acusaban de estar creando pretextos para no salir de casa, para no hacerle frente a la vida.

Amalia se sentía impotente de no poder mostrar más que sus llagas, porque la criatura que la devoraba pareciera que se hacía invisible a los demás. Siquiera podía nombrarla porque desconocía su genealogía. Nadie le regalaba un nombre; tampoco cuando lo imploraba a quienes podrían bautizarla.

En verdad que incluso ella misma llegó a cuestionarse si no sería todo fruto de su imaginación. Una terrible pesadilla que al amanecer desaparecería. Pero el día nuevo venía, y con él una nueva falsa esperanza de poder continuar.

Se decidía a ser inflexible con la criatura, atarle sus pezuñas, coserle la boca, todo lo que fuera necesario para que le dejara de lacerar. Adormecerla de alguna manera y así podía levantarse seguir. Dedicarse a su trabajo, a su familia, a las cuatro paredes de su casa, aunque nadie creyera en sus desesperos, Amalia debía continuar con lo que en todo lugar se suponía que era su deber.

Pero apenas progresaban las horas del día, sin previo aviso ni llanto, la criatura bramaba para que la alimentara. Se desataba y volvía a aferrársele como parásito. La debilitaba de inmediato, pero sin llegar a matarla. No era tonta la criatura sabía que precisaba de su huésped para seguir existiendo.

El caso es que le provocaba casi de la nada tal dolor y extenuación, que la sola idea de hablar y permanecer con los ojos abiertos se convertía en un esfuerzo titánico. En esos momentos, recordaba cuando le decían que todo estaba en su mente. Y aunque así se sugestionara, aunque intentara olvidar lo que parió, el daño que le provocaba la inmovilizaba ante la incredulidad de los demás.

Y así día tras día, incluso momento a momento al día. Amalia hubo de convivir con esta rabia contenida. Perdió su trabajo, sus amistades se cansaron de que anulara planes a última hora con frecuencia, en casa seguían esperando que cumpliera sus deberes y sin embargo se la miraba con cierto recelo si no podía levantarse del sofá. Cargaba en silencio con su criatura, adormeciéndola de cuando en cuando para poder aprovechar el silencio para descansar.

Hasta que un día, casi sin esperarlo, alguien pudo ponerle nombre. Y además, apellidos. Le describieron toda la genealogía de su criatura, así como todas las demás personas que la sostenían. Dejó de sentirse perdida, desorientada. Eso significaba que por fin alguien creía en ella y en lo que podía hacerle la criatura.

Amalia hubo de aprender a llegar a acuerdos con ella. Seguiría siendo su huésped, pero intentaría anestésicarla para poder respirar. Eso sí, decidió que nunca la llamaría por su nombre, porque no quería darle poder. Llevaría su carnet de nacimiento recién estrenado para poder mostrarla al mundo. Para poder ser entendida. Para poder ser, en definitiva.

Sin embargo, Amalia sabía que no iba a ser esto suficiente. Conocía el deterioro al que se enfrentaba, y aprendió a reconocer los límites de su cuerpo. Y sí, también su mente funcionaría cada vez más ralentizada.

Puede que siguieran sin comprenderla, puede que hubiera de hacer cambios e importantes para poder seguir manteniendo su voluntad firme. Pero de lo que nadie le podría acusar, ya, era de no ser madre coraje, incluso con ella misma.

-A todas las mujeres que a su criatura la bautizaron como Fatiga Crónica y Fibromialgia. -